¿Qué entiendes por una leyenda urbana? Esos típicos cuentos que conoces a través de amigos y familiares, e incluso de desconocidos, sobre cosas increíbles que les sucedieron o que le sucedieron a los amigos de sus amigos. Gente que encuentra videojuegos supuestamente malditos, que tiene encontronazos con seres que rompen las leyes de este mundo, incluso habré escuchado de alguien que se batió en duelo contra el diablo. Mi madre le llama a eso “cosas de pueblerinos”, cuando ella también es una pueblerina. Pues hoy es mi día, el día donde contaré mi leyenda urbana.

Recuerdo que no era un día normal. Tenía doce años y estaba acompañando a mi madre. Finalmente había terminado su carrera universitaria y estaba emocionada por trabajar. No me pregunten de qué iba el trabajo, no lo recuerdo muy bien, pero estaba relacionado a cuidar o investigar árboles, o algo por el estilo. Mi madre y yo éramos lo unico que teníamos, yo era consciente de que ella daría todo por mi bienestar, yo solo debía cumplir con mis labores en el hogar y en el colegio. No teníamos mucho, pero no vivíamos mal.

Como decía, acompañé a mi madre a su trabajo, era la primera vez que lo hacía, aunque ella ya llevaba unos cuantos meses trabajando en ese lugar. Esta vez ella no quería dejarme con algún vecino o una niñera, nunca supe la razón, pero es posible que lo viera en televisión, pues ella siempre ha tomado ese tipo de precauciones cuando la televisión se lo ordena. Íbamos montados en una caravana junto a un montón de desconocidos, se trataba de un vehículo de transporte público al que llamaban “la chiva”; esta salía del pueblo donde vivíamos para tomar un camino que pasaba del asfalto a la tierra, que nos llevaba a una zona rural. No había nada que ver durante el camino, salvo bosque y una que otra vaca que, de vez en cuando, giraban su cabeza hacia nosotros.

El viaje duró aproximadamente dos horas hasta que arribamos en una especie de campamento, como un pueblo en miniatura, incluso más pequeño que del que veníamos. Había fila para entrar, mi madre y yo estábamos casi últimos. Al frente de todo, en la cola, había un guardia con un uniforme de color café, y lo que más me llamaba la atención acerca de él, era el enorme rifle que llevaba encima; se lo hice saber a mi madre, es un poco aterrador acercarse a un tipo con un arma tan grande, pero ella me tranquilizó haciéndome saber que él solo estaba revisando que la gente no llevara cosas que en principio no deberían tener; lo hacía siempre que entraban y salían.

Quizás era yo, que no me sentía del todo cómodo con respecto a donde me encontraba, pero ese lugar daba algo de miedo; estaba alejado de la civilización, en un bosque, lleno de gente extraña. No paraba de analizar mi entorno, posando paranoicamente mis ojos sobre cada cosa que me llamaba la atención y rezando porque ninguna de ellas pudiera herirnos. En un momento la fila avanzó y mi madre y yo nos quedamos junto a una de estas cintas policiales pegada a unos árboles que pretendía restringir la entrada al bosque. Lo habría dejado pasar como si nada, era preocupante, sí, pero como ya dije, todo para mí lo era. Sin embargo, esa zona, la de la cinta, tenía algo característico; un sonido leve, pero que difícilmente podría ignorar. Era estática, como ese sonido que hace una radio encendida cuando no está captando señal. Parecía que de toda la gente que formaba la cola, yo era el unico capaz de escuchar ese ruido y por ende, el unico que reaccionaba al mismo.

Me acerqué hacia el ruido que con cada paso se hacía más intenso, como si me envolviera y me estuviera llevando. Sin darme cuenta me había alejado unos cuantos metros de mi madre, me agaché y recogí lo que producía ese extraño sonido: una radio, uno de estos transmisores-receptores que usan por ejemplo los oficiales de policía para comunicarse con sus compañeros. Nunca había tenido uno, así que decidí quedármelo. Mi madre me llamó y volví von ella. Estábamos a punto de entrar así que creí que no estaría de humor para comprobar mi hallazgo, le contaría después.

Mi mamá fue a trabajar, yo no podía ir con ella, supongo que sería un trabajo peligroso, no lo sé, pero definitivamente los niños no podíamos asistir. Nos asignaron una cabaña donde pasaría la tarde en lo que mi mamá regresaba. No me gustaba ese lugar, era muy aburrido y solitario. No había focos de luz, bombillas. El servicio del agua era extraño, solo llegaba el agua a horarios determinados y había que llenar tanques para poder almacenarla. Me dirigí a mi habitación y me asomé por la ventana, pues parecía ser lo más divertido que podía hacer. Todo lo que alcanzaba la vista eran kilómetros de un ancho, verde y frondoso bosque, ¿Por qué alguien trabajaría en un lugar como este, tan sucio y aburrido? Pensé.

De pronto escuché un ruido, venía de la radio que había recogido de entre los árboles; se oía lo que parecían ser pasos atravesando césped, eran lentos y pesados, lo que inmediatamente me hizo fijarme en el bosque, tal vez era alguien que estuviese ahí, por alguna razón. Me puse nervioso, no sé por qué, pero aun así no me puse trabas al pronunciar curiosamente la palabra “hola”. No estaba esperando nada, pero me respondieron; era la voz de una chica la que me estaba devolviendo el saludo. En busca de conversación, se me ocurrió hablarle casi de la nada sobre donde había encontrado la radio con la que le estaba hablando, pero ella no respondió. Suspiré, y le pregunté quién era.

- Me llamo Jane.

+ ¿Estás en el bosque? ¿Por qué?

-vivo en el bosque.

-¿Y tus padres?

-no tengo.

Seguimos hablando, parecía que ella alguna especie de chica de la selva, algo como Tarzán pero en mujer. Era curioso que yo fuese la primera persona en saber de la existencia de alguien así. Pensé que a lo mejor alguien podía estarme gastando una broma, por lo que fui precavido, pero le seguí el juego con la esperanza de que fuese real, tendría una amiga interesante en este sitio tan aburrido. Hablamos un rato hasta que ella simplemente dejó de responder, dejando solo un leve sonido de interferencia. Tenía tantas preguntas que hacerle, quería seguir hablándole, pero simplemente no obtenía respuestas. Ya no quería que mi madre se enterara de lo que traía entre manos, tenía miedo que me quitara la radio, así que la mantuve escondida conmigo el resto del tiempo.

Se hizo tarde y mi madre finalmente había llegado, me preguntó cómo estaba y qué había estado haciendo, lo típico que pregunta una madre cuando su hijo llega de la escuela, por eso hice lo propio respondiendo que no hice nada especial, para que no hiciera preguntas comprometedoras. Hablamos un poco sobre la vida y acto seguido, nos fuimos a la cama. Sí, íbamos a quedarnos un par de días más, debido a que “la Chiva” no se acerca a nuestra zona a diario, quizás es porque estábamos demasiado lejos del pueblo. La habitación que nos dejaron no estaba diseñada para dos personas, pues había solo una cama de madera bastante pequeña, tanto que parecía un crimen, no cabíamos los dos. Mi madre me propuso dormir en la cama, ella tomaría un par de sábanas y dormiría en el piso. Mi madre siempre fue buena conmigo, quizás demasiado buena, la quería mucho. Ella me deseó las buenas noches y se acostó para dormir; estaba cansada, habría trabajado mucho. Yo seguí la corriente, cerré los ojos y me dormí.

Pasó la noche, pero no suficiente, para cuando abrí los ojos estaba tan oscuro que no podía ver ni mis propias manos. Estaba un poco aturdido por haberme despertado de golpe, pero es que no me había despertado por mí mismo, me despertaron, la radio estaba haciendo ruido de nuevo, el sonido de los pasos lentos pisando el césped. Estuve a punto de hablar, pero tapé mi boca a tiempo y giré mi cabeza hacia mi madre: seguía dormida, y no debía despertarla con mis tonterías. Me levanté de mi casa y cautelosamente abandoné la habitación y me dirigí hacia fuera de la cabaña, me apetecía responder, quería saber si era Jane, qué hacía despierta a esas horas de la noche.

Del otro lado de la línea seguían oyéndose pasos. Saludé en voz baja, varias veces, pero no había respuesta, solo los pasos sobre el césped. Guardé silencio y escuché lo que parecían ser voces en la lejanía que venían, nuevamente, de la radio. Tragué saliva, estaba nervioso, y de pronto oí como las hojas o arbustos que se escuchaban desde donde provenía la voz de la mujer para solo escucharse los gritos de estruendosos de una mujer y a la vez los gemidos de un animal gruñendo y aparentemente mordisqueando algo. Solté un fuerte grito, aunque corto; miré a mí alrededor, parecía que nadie se había visto alertado por mí, así que aproveché y corrí dentro de la casa en silencio. Me acosté de vuelta en mi cama, mi madre no se dio cuenta de lo que hice, y me quedé pensando con los ojos abiertos toda la noche hasta la mañana siguiente.

Se me pasaron mil y un cosas por la cabeza, ¿Acaso Jane habría recibido el ataque de un animal del bosque? O más preocupante aún, si ella fue quien atacó al animal. ¿Habría muerto? Si es verdad que no la conocía de nada, pero quizás era eso, lo poco familiar que era la situación que me hizo encariñarme con su historia. Mi madre se levantó y se estaba preparando para trabajar de nuevo, yo ni si quiera me había dignado a mover un músculo fuera de la cama. Alguien toca la puerta y mi mamá se dirige a abrir. Al no haber nada con lo qué distraerme pude escuchar la conversación entre mi mamá y un hombre en la entrada de la cabaña. Hablaron sobre una mujer, una compañera de trabajo, fue al bosque en la noche, no se sabía el motivo, pero ahora querían que mi madre y un amigo suyo fueran a buscarle. Cuando oí eso me puse de pie, me vestí lo más rápido que pude y fui detrás de ella; no quería que fuera al bosque sabiendo que había algo que podía causarle daño.

Llegué cuando mi madre se estaba yendo del campamento, ya el guardia le había permitido cruzar la verja que nos separaba del sendero de tierra y las viviendas de los trabajadores. Quise salir también, así que avancé corriendo, pero la mano gigantesca del celador me denegó la salida; me dijeron que yo debía quedarme. No discutí, pero tampoco me sentí impotente, solo me alejé de donde estaba el guardia y escalé la verja, que sí, era alta y estaba llena de alambre de púas en la cima, pero no era de lo qué preocuparse, el riesgo, al menos en ese caso, no era tan importante como el premio. Caí al suelo con bastante fuerza, y ahora mi ropa y parte de la piel de mis piernas estaban rasgadas. Miré a mi alrededor, no había nadie, nunca hubo nadie cerca de mí, seguramente por eso hice lo que hice.

Corrí hacia el bosque, sin mirar atrás. Debí habérmelo pensado mejor, pues al pasar a través de unos cuantos árboles todo empezó a hacerse familiar. Todo se veía igual, todo se sentía igual; todos los caminos me llevaban al mismo, me había perdido y no había nadie que pudiera saber dónde estaba. Normalmente cuando te pierdes, te dicen que debes quedarte en un solo lugar para que puedan encontrarte si te pierdes, pero entré en pánico y salí corriendo patéticamente con lágrimas en mis ojos, gritando el nombre de mi madre con la esperanza de ella escuchara mis lloriqueos y pataletas.

De pronto tropecé y me di de cara contra el suelo, ya me habían derrotado y tan rápido; era muy frustrante y recuerdo no haber parado de llorar, tirado en el piso, todo ennegrecido por la tierra de ahora cubría mi vestimenta y parte de mi rostro enrojecido. Me sequé las lágrimas y fue entonces cuando escuché una vez más la radio que traía conmigo, era Jane, me estaba saludando. Recobré la compostura, le conté a Jane sobre mi situación y le pedí ayuda.

-Puedo ayudar. Te veo.

+ ¿E-en serio? ¿Puedes darme indicaciones de donde estás?

-sí.

Ella me fue diciendo hacia donde debía de moverme, como si jugáramos a frío y caliente, y así de poco en poco terminé llegando a una zona desde donde no había suficientes árboles como para parar el precioso brillo de la luz del día. Cerca se encontraba una cueva oscurísima, no podía verse nada desde fuera, pero la voz de Jane me llamaba desde el interior.

-Ayúdame, por favor.

“¿ayúdame?”, ¿por qué pediría ayuda? Si hacía tan solo un momento me hablaba como si tal cosa, y de hecho ahora pedía ayuda con ese tono tan característico de ella: seco y casi inexpresivo. Algo andaba mal, pero no iba a resolver nada quedándome parado, así que tras probablemente el trago de saliva más grande de toda mi vida, marché hacia el interior de la caverna. Pero algo me detuvo, una caída de un par de metros bajo tierra me había parado los pies, era una trampa, estas que hacen en las películas; agujeros profundos cubiertos con hojas para despistar a las presas, ¿pero por qué?

Mi rostro estaba nuevamente embarrado, mis brazos y mis piernas sufrieron tanto daño en la caída que no podía parar de temblar debido al dolor. Llamé varias veces a Jane a ver si podía hacer algo, pero mis gritos no hacían más que desvanecerse en el aire. Entonces escuché a alguien llorando, alguien que estaba gritando por la ayuda de su madre, parecía estar desesperado buscándola. No era la voz de Jane, ni si quiera era la voz de una mujer, era la mía, pero era raro, porque no venía mi boca, yo no estaba haciendo ese sonido.

De repente algo se asomó desde la parte de arriba del hueco, era un animal muy extraño, parecía un dinosaurio, me recordaba mucho a un velociráptor; ya los había visto alguna vez en televisión, solo que este estaba cubierto por vegetación, ya sabes: lianas, hojas y tal vez musgo, que hacían de pelaje, mientras que por debajo, su mandíbula, garras y patas parecían estar totalmente compuestas de hueso, por lo menos por su palidez y su tonalidad seca. Se me acercó caminando en perfecto vertical sobre la superficie. Me encontraba increíblemente asustando, no era capaz de moverme o de gritar, y esa cosa me estaba acercando su huesudo hocico hacia mi rostro, pero lejos de morderme, mordió la capucha de mi chaqueta, para suspenderme en el aire, y llevarme consigo, esa cosa no me atacó y tuve una leve sospecha.

La criatura me llevó consigo hasta un árbol cercano, lo escaló y ambos nos quedamos con la mirada fija en el horizonte. Nos mantuvimos callados, la situación estaba extremadamente silenciosa, esa cosa estaba esperando algo y solo reaccionó cuando a la distancia se estaba escuchando la voz de una mujer adulta, mi madre. La bestia aprovechó y con sus patas y sin soltarme en ningún momento, me puso en un lugar visible, frente al árbol en el que estábamos posados. Entonces eso abrió su enorme mandíbula y soltó un chillido, los lloros de un niño, mis lloros. Esa cosa estaba copiando mi voz, estaba diciendo lo que yo en algún momento dije mientras me metía de lleno en el bosque. Quería atraer a mi madre y me estaba usando como carnada.

En eso, la vi, mi madre se acercaba con un hombre desconocido para mí, preguntando y llamándome con toda su fuerza. Yo no quería hablar, pues todavía estaba a la merced del velociraptor de marras, así que preferí hacer señas para que no se acercaran a la trampa, pero no funcionó. El hombre vino corriendo hacia mí en cuanto me vio, y ese instante se hizo presente una especie de cuerda anchísima, de color rosa y con un aspecto cartilaginoso que tomó la cabeza del hombre y regresó junto a él hasta la boca del animal que tenía sobre mi cabeza. Era la lengua del raptor, que había usado para llevarse a ese sujeto hasta su boca para acto seguido engullirlo de un solo bocado, tal y como una garza que ha pescado su cena. Un poco de sangre me salpicó; era la primera vez que percibía el distintivo aroma dulzón de la sangre de una persona. Esta cosa iba enserio, iba a comernos a todos y todo sería mi culpa, todo por creerle a Jane, pero entonces, si esta cosa podía imitar voces, ¿entonces ella era la voz detrás de Jane e hizo lo que pudo para traerme al bosque desde el principio?

Mi madre se quedó quieta, pero estaba apuntando con un arma en dirección a Jane, esta última no dudó y repitió su último ataque. La lengua viajó por el aire a una velocidad abrumadora, pero mi madre disparó a tiempo haciendo que la cuerda de carne se retrajera de regreso a Jane, esta última a su vez, cayó al suelo y por ende, yo también lo hice. Mi mamá se apresuró para tomarme entre sus brazos y preguntarme si estaba bien. Yo sabía que era culpa mía, pero era ella quien se disculpaba por permitir que me sucediera aquello; ella era demasiado buena. Pero esto no había acabado, Jane se había esfumado. Mi madre propuso movernos cuidadosamente. Ella no quería soltar su arma, lógicamente, por lo que me vi obligado a desplazarme como pude a pesar de mis heridas.

Corrimos por nuestras vidas, aquel ser que teníamos detrás nos asechaba entre la maleza del bosque. Por lo menos yo sí era capaz de escuchar su respiración pesada y agitada que se entremezclaban con nuestros pasos; no sabíamos que tan cerca estaba, pero el terror era saber que lo estaba, que lo teníamos pisándonos los talones. De pronto, los árboles a nuestro alrededor se movían ferozmente uno a uno, pero nosotros no miramos hacia atrás, sino que más bien nos concentrábamos en quitarnos los obstáculos que teníamos en frente usando nuestras manos desnudas, y es por lo acelerados que íbamos que no pudimos darnos cuenta de cuando nos resbalamos por una pequeña pendiente hasta caer en un lago de poca profundidad, era solo ligeramente más grande que un charco de agua.

Jane, quien nos acosaba soltó un fuerte rugido que se tuvo que haber escuchado por todo el bosque. Mi madre me pidió que me pegara a ella todo lo que pudiera; salir corriendo ahora mismo era demasiado riesgoso, sería más fácil darle un tiro seco a esa cosa si intentaba atacarnos, pero de todas formas tampoco podíamos quedarnos a perder fuerzas entre el musgo, así que nos fuimos moviendo muy despacio, manteniéndonos alerta ante cualquier cosa ligeramente sospechosa para que mamá lo volara a tiros. Suspiros se nos escapaban mientras tropezábamos a cada rato para llegar a la orilla, parecía que estábamos a salvo, pero por lo menos yo palidecí cuando Jane apareció con desdén cerca de nosotros, quieta, observándonos, estábamos todavía alerta, pero, ¿Cuál era el plan? ¿Qué pasa si las balas no le afectaban? O si el arma decidía no funcionar en ese momento, si mi mamá se asustaba y me dejaba tirado, todas esas cosas pasaron por mi cabeza en tan solo unos pocos segundos.

Jane volvió a soltar un rugido ensordecedor, mi madre disparó apuntando a la boca de ese ser, pero falló, pues la criatura usó sus musculosas patas para saltar varios metros en el aire y aferrarse con las afiladas garras de estas a los troncos de unos árboles. Mi mamá siguió disparando indiscriminadamente, pero cada tiro era evadido por los brincos de árbol en árbol que hacía el animal, hasta que este se tiró al suelo y cayó frente a nosotros, para así abalanzarse en dirección a mi mamá. Sin pensarlo y de hecho, casi sin querer, quité a mi mamá de en medio para que no recibiera el ataque, por lo que finalmente el arrollado fui yo.

En ese momento mi brazo izquierdo estaba siendo mordisqueado brutalmente, pues se había quedado atascado entre las filas de dientes de las fauces de Jane. Dolía demasiado, de hecho habría preferido a que me matase que seguir sintiendo ese intenso dolor, pero eso no me detuvo, estaba muy decidido en ese momento. Lancé varios puñetazos de forma recurrente al rostro de mi enemigo. Soy consciente de que no le estaba haciendo nada de daño, en ese momento también lo era, pero de todas formas quería hacerlo, quería golpearle su maldito y feo rostro. Mi madre aprovechó la confusión y disparó varias veces a la bestia que aunque parecía que no le importaba el daño, terminó cediendo y cayendo derrotada en el suelo. Mi mano, sin embargo, seguía estando atrapada en su jeta, no podía abrir su mandíbula así que tiré de mi extremidad; mi madre me dijo que tuviera cuidado e intentó ayudarme, pero yo no quería su ayuda. Mi brazo estaba saliendo, pero no del todo, se estaba rompiendo como cuando tomas un pedazo de tela de dos lados opuestos y tiras de ella, eso era mi brazo en ese momento, y los quejidos y gritos derivados del dolor jamás me devolvieron mi mano izquierda.

Llamaron a las autoridades, todos los del campamento se enteraron de lo acontecido, y al día siguiente nos fuimos en la chiva. No quería tener que volver a ese lugar de porquería, especialmente porque mientras me iba, juro por lo más sagrado de este mundo, que vi a Jane saliendo del bosque y poniendo un emisor-receptor en el suelo cerca de la cinta policial donde yo había encontrado el mío, que de hecho este último, se encontraba casualmente desaparecido.

Aunque yo no volví, mi madre siguió yendo a trabajar sin ningún problema, ¿por qué? Se lo pregunté en una ocasión, recalcándole lo del monstruo que nos habíamos encontrado aquella vez, pero lo negó. No solo ella lo negó, todos lo que pudieron estar remotamente involucrado: los trabajadores e incluso la policía, negaron ese suceso. Mi madre se jactaba diciendo que yo lo estoy recordando erróneamente, que mi brazo lo perdí en un accidente de auto. No estoy loco y tampoco soy estúpido, sé lo que pasó ese día, pero jamás entendí el porqué de la actitud de mi madre, ella estuvo conmigo.